

# Amazonia y Cuentos amazónicos: Dos libros de Juan Carlos Galeano

Joaquín Peña Gutiérrez  
Docente universitario

Cuando se afirmaba que Tomás Carrasquilla no escribía en castellano sino en antioqueño, se aludía al carácter regional de la obra del narrador paisa en oposición a otras obras narrativas con menos marcas regionales tanto en el plano del léxico como en el de los personajes y la naturaleza de su cultura, y aquello se consideraba como una condición que lesionaba la obra. Lo regional, se decía se interponía a lo universal.

*Amazonia*, poesía, y *Cuentos amazónicos*, narrativa, de Juan Carlos Galeano, parecieran revivir aquel viejo debate pero ahora desde las coordenadas culturales de lo regional-particular-local frente a lo global-transnacional-estandarizado, que contiene pero supera el enfrentamiento de las políticas transnacionales impulsadas por el gran capital y los ejes hegemónicos del poder mundial con la periferia y centros de no poder que se suponen un tanto víctimas de aquellas y detentadoras de naturalezas propias y principios auténticos.

¿Cuántos miles de millones de gente, de agua, de tierra, de vegetación, de animales, de cielo, de sombra, de misterio, de saberes, de secretos hay desde el alto Pilcomayo en el Perú por esa cuenca –¡la más grande del mundo?– que vertebra el Amazonas a su paso por Colombia, Brasil, Venezuela hasta la Guyana en el Atlántico?

No sabemos. Muchos; y muy particulares. Todavía de los más particulares del mundo. Allí la civilización, el progreso, la modernidad ha querido entrar en la forma de la voz de Caruso y los pasos celestes de Ana Pavlova en el teatro que el auge del caucho y el despropósito le dio



a Manaos hace un siglo; también lo ha hecho mediante las avanzadas blancas –extranjeras y nativas– que establecen fincas; igual mediante la devastación –¡irreparable?– y voraz de las empresas madereras, mineras, traficantes de fauna y largo, etc.

Pero esa entidad monumental todavía continúa ahí en sus transformaciones y despojos como una de las regiones más locales, más auténticas del mundo. Y abisma.

También en el terreno de la escritura creativa continúa dando sus frutos. Recuérdense a los viejos *Marañones* que escribió Fray Pedro

de Aguado en su crónica monumental y que William Ospina revive en su trilogía novelística también monumental y todavía incompleta; la trilogía del alemán Alfred Doblin, *Amazonas*, casi más amplia que el río y que escribió desde el asombro presentado, pues no estuvo en nuestra América; las obras de los colombianos Marco Tulio Aguilera Garramuño, *Agua clara en el Alto Amazonas*, —reseñada en otro lugar de este mismo número de *Hojas*— y el libro de poemas de Antonio Correa, *Desolación de la lluvia*. Así, habrá muchas obras de autores extranjeros y nacionales de los países tocados por aliento del río. Pero no conocíamos una obra literaria sobre la gran región que fuera literaria universal nacida y criada allí; escrita desde adentro del espíritu de ese inmenso enjambre todavía verde. La hace Juan Carlos Galeano, un tipo del Caquetá, de la amazonia colombiana que se salió del río —vive en Miami—, y se ha metido en él, desde el alto Perú al Atlántico; delfín muy viejo y joven.

Fuera de las anécdotas —imaginemos cuántas en semejante dimensión— Juan Carlos ha sabido captar, capturar, crear en sí cuanto ha acontecido, cuanto acontece en aquella inmensidad y, por ahora, entrega dos libros, uno de poesía y otro de cuentos. (Aunque ya tiene, además, un filme documental acerca de la misma cosmogonía).

Nos parece percibir en los dos libros, una voz auténtica del río; de todo lo que enumeramos al comienzo; todo junto; la cultura espiritual del río; con la ingenuidad, alevosía y certeza de la existencia. Esos cruces extraños entre el blanco, el indio, el delfín, el agua, la tierra, el árbol, el animal, el secreto, la planta, los ecos; extraños, exclusivos de allá, que for-

man, dan la impresión, de que crean un mundo; no mundos que confluyen ni que conviven; no; un mundo que vive.

El mundo natural, bárbaro, se decía, que incluía al indio, no se contraponen al civilizado del blanco. En aquel universo revelado por los libros se viven entretajidos y entretajéndose. Ninguno se merece el anatema de la maldad; ninguno se roba el show de la bondad. Ese mundo total es la vida. Por esta razón estos libros son literatura; así, a secas; nada de esas denominaciones horribles que a algunos les llena la boca, como etnopoésía, etnoliteratura; nada. Literatura en su más fuerte manera de expresar la ecuación con Vida.

Estamos ante dos libros de literatura, uno hecho en Guadalajara, México, Colección Alfa, N.º 26, Litorialia Editores, 2004, (la primera edición fue hecha por Casa de Poesía Silva un año antes), 83 páginas; con ilustraciones; muy bonito. El otro, en Iquitos, Perú, por Tierra Nueva Editores, 2007, 155 páginas; es la tercera edición, sin ilustraciones; en su producción, como si fuera una película, participa un equipo no sé si internacional, transnacional, multinacional o qué: colombianos, peruanos, mexicanos, norteamericanos; también muy bueno, de literatura, se insiste.

Y Juan Carlos Galeano, un escritor que, al contrario de Ursúa o Lope de Aguirre, sí ha sabido descubrir el tesoro del Amazonas, y ha tenido mano, talento, inteligencia, sensibilidad para sacarlo. Nos acordamos de José María Arguedas y su tratamiento desde adentro “del problema del indio” frente a tratamientos del mismo tema como los hechos por Jorge Icaza, Ciro Alegría y otros muchos. ■